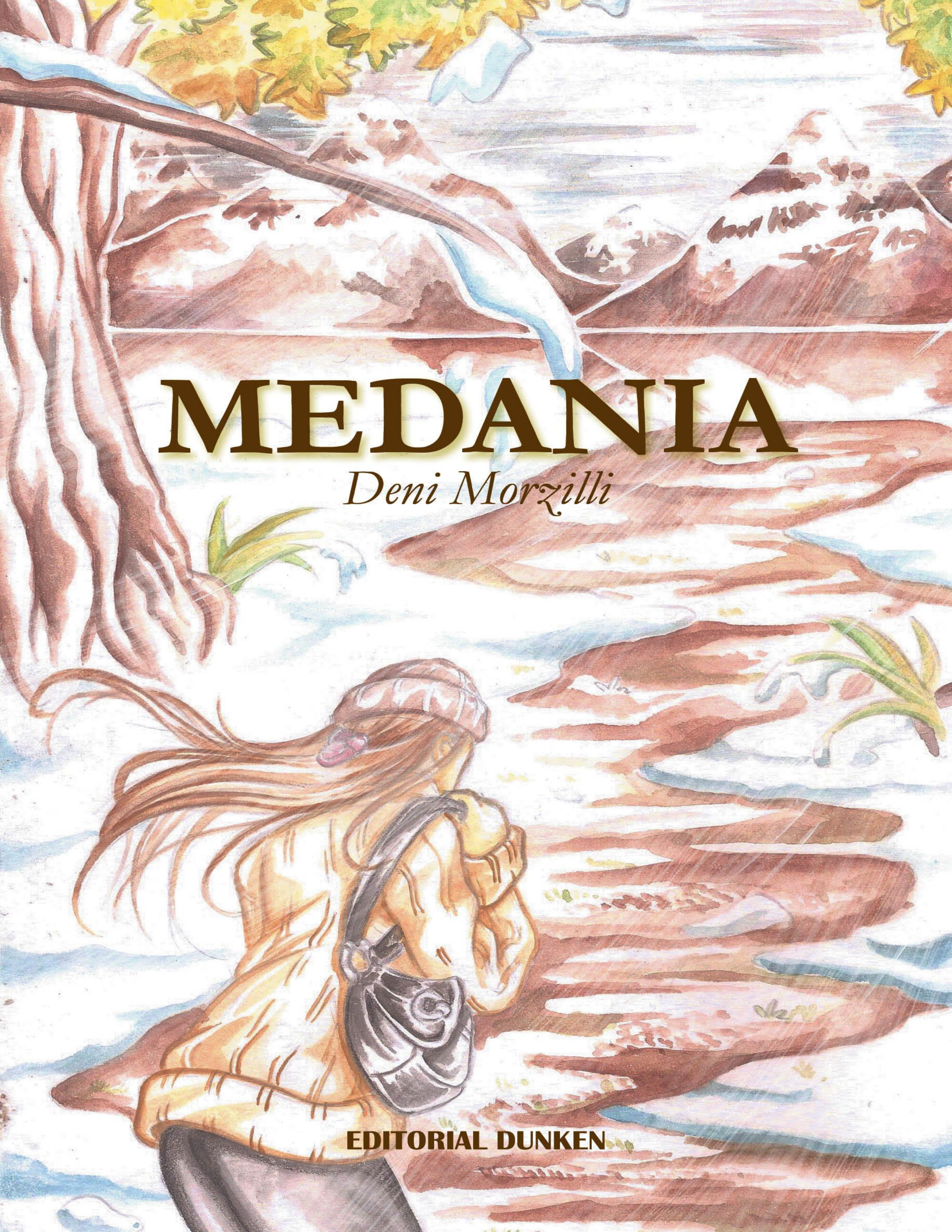

MEDANIA
Deni Morzilli
EDITORIAL DUNKEN

DENI MORZILLI

MEDANIA

EDITORIAL DUNKEN
Buenos Aires
2016

Morzilli, Denise Aldana
Medania / Denise Aldana Morzilli.
1a ed. — Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Dunken, 2016.
Libro digital, EPUB.

Archivo Digital: descarga
ISBN 978—987—02—9063—6

1. Novela. I. Título.
CDD A863

Contenido y corrección a cargo de: Federico N. Corti
Ilustración de tapa: Nicolás Salio

Ayacucho 357 (C1025AAG) — Capital Federal
Tel/fax: 4954—7700 / 4954—7300
e—mail: *info@dunken.com.ar*
Página web: *www.dunken.com.ar*

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

e—mail: denisemorzilli@gmail.com
Página web: *www.medania.com.ar*
ISBN 978—987—02—9063—6

That is not dead which can eternal lie,
And with strange aeons even death may die.

Howard Phillips Lovecraft

1

BARILOCHE

La lluvia cae sobre el paraguas haciendo un ruido casi musical que me recuerda el sueño de la noche anterior. Pienso que no es el momento apropiado, pero me dirijo hacia el pub con un dejo de culpa que parece evaporarse ni bien llego. Una calidez que hace tiempo no siento llena mi pecho. Quizás porque ese día no voy a estar atendiendo mesas. Ese día, aunque no es el apropiado, me sentaré, pediré un café para empezar y luego una costosa cerveza importada de color negro ambarino. Sentada en mi mesa preferida, al lado del gran ventanal desde donde se aprecia la hermosa peatonal arbolada y de fondo, desdibujadas, las montañas.

Los colores lucen más brillante gracias al gris plomizo del cielo. Adoro cuando el sol se oculta dando paso a esos grises nubarrones, creo que un pub es el mejor lugar para estar en una tarde de lluvia. La cálida madera del interior me hace olvidar que afuera la gente corre a refugiarse bajo los aleros, que la lluvia se adhiere a la piel… Allí, amparada por las acogedoras paredes de madera, en donde los sonidos son apagados, el mundo parece detenerse por un momento. Todo se reduce a una intimidad llena de aromas dulces y luces tenues provenientes de algún mundo mágico, como pasar una tarde en una taberna medieval. El pensamiento invade mi mente con palpable realidad, imagino aquel mundo, ese que visito cada noche. Un ambiente apropiado al medioevo, gente sencilla, sin demasiadas aspiraciones, viviendo con seres de la naturaleza que protegen sus bosques. El mundo mágico al que acudo cuando el desasosiego de la vida cotidiana me satura.

(El calor del fuego, un bosque de frondoso verdor)

Me cuesta demasiado salir del hermoso ensueño y darme cuenta que estoy sentada en Wordsmith. Saravina viene casi corriendo hacia mi mesa, calzada en unos tacos que dan vértigo; siempre me pregunté cómo es que pueden caminar con ese tipo de calzado. Yo uso mocasines, jamás zapatillas ni tacos, ambas cosas me desagradan. La forma en que Saravina corre hacia mí en este preciso momento no parece muy delicada ni femenina, me da miedo que se tropiece y caiga sobre una mesa donde unos clientes le hacen gestos desesperados sin que ella los note siquiera.

—Debi —suspira cuando por fin llega—. Te estaba esperado. Ni te imaginas el movimiento que hay por la lluvia y los turistas que llegaron al festival.

(Un elfo de mirada bondadosa que relata hermosas leyendas)

Algo en la cara de Saravina, que repentinamente guarda silencio, me desorienta. Sé que no me conoce desde hace mucho tiempo pero intuyo que a esta altura ya sabe que no soy una chica común. Reconoce mi mirada abstraída y creo que sabe que no pronostica nada bueno.

—Es raro, Debi, porque sos la persona más amable y simpática que conozco, pero cuando te proponés algo te pones muy seria, hasta tus rasgos parecen cambiar, como ahora… ¿De qué no me enteré?

Sé que Saravina diría que hasta mi porte cambia, la forma que me siento y muevo las manos, porque yo me siento increíble y diferente también en esos momentos donde soy más Devra que Deborah.

—Quiero un café.

—¿Qué maldad estás planeando? Decíme.

—Renuncié ayer. ¿No te contó Víctor?

—No. Pero… ¿Con el sueldo de tu novio les alcanza? Si necesitas ayuda yo…

—Estamos bien, Sara. Estoy harta de los maltratos y las quejas.

Saravina se queda de piedra, y hasta detecto un poco de envidia por mi actitud. Pero no sabe que atrás de este aspecto de tenaz determinación hay una persona inestable. Una persona que no sabe dónde termina lo real de la fantasía. Quizás por eso me manejo así en la vida: al fin de cuentas nada importa si hay otro lugar al que acudir cada noche mientras duermo. En ese momento entra una joven larguirucha, vestida con una onda hippie que me hace sentir incómoda. Tiene rastas en el pelo y un olor a tierra seca y polillas. Saravina sonríe atenta al ver que la chica se dirige hacia ella, más por costumbre que por amabilidad.

—Busco a Víctor —dice arrastrando las palabras. Tiene mala energía, un aura fatal que me puso de malhumor en el minuto que llegó, ya no tengo ganas de tomar la cerveza ni el café.

Cuando Miguel vuelva de trabajar le voy a contar que renuncié, sé que él se reirá de mis locuras, como siempre hace, y quizás salgamos a tomar algo para festejar que decidí dejar otro horrible trabajo y que por fin voy a hacer lo que me gusta en mi nuevo trabajo, redactora de artículos para una conocida revista de Bariloche. Antes de irme recorro con la mirada la barra y saludo a Víctor con una inclinación de cabeza. Como es habitual en él, viste una remera negra con un llamativo logo verde chillón de una fiesta electrónica, en un triste intento por no perder lo poco de juventud que le queda. Le gusta que le digan que es “un pibe moderno”, aunque dejó de ser joven a principios de los años noventa.

—Te llamo después. No te esfuerces en complacer a todos, Debi. Nadie es perfecto —me saluda Saravina. No le contesto. Me molesta mucho que siempre me tache de perfeccionista, dice que nada ni nadie me viene bien.

(La puerta de madera se cierra pesada, dejando entrar un aire demasiado gélido para esa época del año)

A los veinte segundos observo avergonzada que destaco en el colectivo. Llevo un vestido marrón hasta las rodillas con encajes en las mangas y una cartera de cuero que le robé hace un tiempo a mi madre, demasiado grande para mi altura. Siempre visto colores oscuros o neutros, tanto hombres como mujeres giran para mirarme por los detalles de mis vestidos, que a veces diseño yo misma. Me bajo un poco abochornada. Camino con rapidez la cuadra que me separa de mi casa. Con manos temblorosas me apresuro a abrir la puerta, allí todo está tranquilo, cada cosa en su sitio, perfectamente ordenada como la dejé. Una luz extraña y difusa que proviene del cielo encapotado entra por la ventana bañando el cuarto con un apagado vaivén de sombras. Prendo el velador que está más cerca de la puerta, afuera la tarde se hizo noche.

Lo primero que noto es que en el ambiente flota un desconocido aroma frutal, quizás producto del sahumerio nuevo que encendí antes de salir. April abre un ojo amarillo, perezosa me mira desde el sofá y bosteza. Estira una pata y emite un sonoro maullido. Sonrío, pero antes de saludarla me abalanzo sobre las notas que dejé encima de la mesa, las releo y comienzo a describir el maravilloso lugar donde estuve la noche anterior.

2

LACE

Evoca playas oscuras de mar embravecido, llenas de acantilados y grutas, con arena suave y decorada con piedras de millones de colores, que con su padre recolectaban para hacer artesanías. Hace años que no indaga en esos recuerdos. Un susurro escapa de sus labios mientras observa las montañas desde la ventana de la taberna. Rememora Medania, el lugar donde acudía de niña, aquella aldea que en sus recuerdos aún es mágica.

Johan Belmont, propietario de la taberna El Paso Galopante la observa enfadado. Se acerca y deposita un recipiente de madera gastada rebosante de cerveza sobre la mesa.

—¿Devra? Esta noche tendremos una larga jornada, será mejor que vayas preparando las mesas.

—¿Hay alguna ocasión especial hoy? —indaga curiosa— ¿Festejamos algo?

—Hoy no precisamente, pero dentro de unos días tendremos un nuevo habitante proveniente de Anduria entre nosotros —Devra lo observa interesada. Imagina a un elfo de mirada bondadosa que relata hermosas leyendas—. Dicen que es un excelente narrador. Ya veremos cómo se desenvuelve con la gente de Lace.

—De Anduria —medita Devra mientras observa la lluvia que cae imperturbable, como sus pensamientos sobre el bello reino de las Laderas del noroeste llamado Anduria, donde habitan unos pocos humanos conviviendo con elfos.

—Ya puedes empezar a trabajar si no es molestia para usted, señorita —le contesta Johan irónico, cuyo humor no es una de sus virtudes. Devra lo conoce desde pequeña y le consta que siempre fue un chico problemático.

Se abre la puerta con un estruendo, dejando entrar un aire frío con algunas hojas que se mezclan con la suciedad del piso de tierra. En un principio Devra queda encandilada con la imagen del elfo de estatura imponente, con esos cabellos tan característicos de un azulado oscuro y ojos del mismo color, que brillan con la luz de las nubes reflejada en su rostro pálido. Se siente renacer, viva por primera vez en meses de su agobiante y monótona labor. Pero allí no hay ningún elfo, solo un campesino de mirada cansada y de mejillas tostadas por el sol que viene a ahogar el cansancio del día en una jarra de cerveza.

La puerta se cierra con un portazo que la hace volver a una pesarosa realidad. Solo unos días más y llegará a Lace un elfo. Unos días más, donde sin sospecharlo, su vida cambiara para siempre.

3

BARILOCHE

Juego con un mechón de mi cabello distraída, intentando recordar algo más pero es imposible. Con desgano caminó hacia la heladera en busca de agua, pienso en prepararme un té pero la verdad no tengo ganas, demasiado tiempo mal invertido. Apago el fuego que encendí minutos antes en mi indecisión y me siento junto a la ventana que da a la calle. Abstraída observo los autos que pasan, la gente que va y viene caminando con bolsas del supermercado y niños gritones. Aquella vida que transcurre tan normal y apacible para ellos y que a mí se me figuraba monótona.

El teléfono suena, si hay algo que me pone de pésimo humor son los timbres de toda índole. Lo levanto disgustada y sin hablar lo dejo descolgado, una voz llama desde el otro lado, April se vuelve a estirar perezosa. Camino hacia el baño, inmóvil frente al espejo encuentro algo extraño en mis ojos, están cambiando de color. Últimamente tengo ideas muy raras. En ese momento la puerta de entrada se abre, el teléfono comienza a emitir un ulular apagado y la voz de Miguel se escucha clara y fuerte, casi asustada, quizás por ver el teléfono descolgado.

—¿Debi, estás ahí? ¿Todo bien?

Mis ojos han cambiado de color, estoy segura, de marrones verdosos a negros. Me enjuagó la cara y salgo del baño, tratando que no se refleje en mis expresiones lo aterrada que estoy. Saludo a Miguel con un beso apasionado, es el hombre más hermoso que he visto en mi vida y no exagero. Antes que él reaccione o diga algo me apresuró a prender el microcomponente, suena el disco de Roger Subirana que siempre escucho para cocinar. Me dispongo a preparar la cena, mientras me coloco el delantal con movimientos lentos y precisos, acomodándolo para que ni una mancha de los espagueti con salsa que pienso preparar roce ni un sólo pliegue del vestido. Miguel se quita el piloto empapado y se lava las manos en la cocina.

—Deja eso, vamos a cenar afuera. Hoy me llamó Belinda y me dijo que estaba preocupada por vos, que ayer te notó muy nerviosa y que le habías dicho algo de que ibas a renun…

—Conseguí el trabajo en la revista. Mamá no te contó eso, seguro —lo interrumpí.

—¡Eso merece un festejo! Deborah Molino al fin consiguió el trabajo de sus sueños —sonrió él.

4

LACE

Caminaba con paso lento por las calles del concurrido mercado, desafiando a la multitud que lo empujaba y cada tanto le lanzaba una mirada de rencor. Hacía sólo unas semanas que había llegado a Lace. Se encontraba abstraído pensando en su próxima historia, en la próxima aventura que empezaría a crear. Retazos de sueños y recuerdos, ideas que no parecía provenir de él. La extrañaba. Se acordaba de las tardes que se había detenido bajo la ventana de su casa sin atreverse a tocar a la puerta. De todas las mujeres de las que podría haberse enamorado justo había sido de un ser iluminado que querían arrastrar a la oscuridad.

En su lento caminar se dedicaba a observar a esa gente de aspecto cansino que lo rodeaba, algunos se detenían a observar su capa verde hoja con desconfianza. No era raro en estos días ver a elfos en aldeas y pueblos de humanos, pero siempre causaba un poco de curiosidad. Pronto se aburrían de fijar la vista en él y se distraían con el joven que tocaba la cítara de manera perfecta en la salida del callejón, sin que nadie se dignara a tirarle ni una moneda. Mael se acercó al intérprete y le dejo cinco monedas de plata en el sucio bolso de cuero que tenía a sus pies. Apuró el paso antes que el joven le diera las gracias, en dirección a la pequeña cabaña donde se había instalado desde que dejó Anduria, se detuvo en un puesto de pan.

—Buenas y luminosas jornadas, Erib —saludó animado al hombre de mejillas sonrosadas y barriga prominente, el cual en pocas semanas se había ganado su cariño.

—Buenas tardes, hijo —Erib sonrió y le alcanzó dos lonjas de pan envueltas—. Dejaron este paquete para ti.

Mael le dio dos monedas de bronce pero Erib las rechazó negando con la cabeza.

—Ya pagó su vecina.

—¿Quién…?

—La señorita Devra Muileann, vive frente a su casa.

Mael empalideció cuando escuchó el nombre, tan parecido al de su amor no correspondido.

—Que tenga una buena jornada, señor Foraoise —Erib le dedicó otra sonrisa enorme, restándole importancia a la sorpresa de Mael.

—Hasta pronto… Nos estamos viendo a la prontitud, querido Erib.

Continúo el corto camino que lo separaba de su hogar observando los demás puestos. Había una mujer estrafalaria vendiendo espejos pintados que lanzaban destellos de colores ante el sol del atardecer. Descubrió alarmado su propio rostro en el reflejo. Se asombró de verse tan pálido, la imagen que tenía de él mismo cuando no se miraba en un espejo era más saludable y alegre, pero ahora reconociéndose en aquella superficie se sintió extraviado como cualquier forastero, muy delgado y macilento. Con su cabello y ojos azulados contrastando con su piel pálida. Intento dibujar una sonrisa que quedó a mitad de camino porque alguien lo empujó. Era un anciano con cara de pocos amigos que le dedicó una mirada de desprecio al pasar. Se acomodó la capa con fastidio, empezaba a tener un poco de calor a pesar de ser invierno, el clima de Lace era templado. A veces extrañaba las tormentas de nieve de Anduria.

Su cabaña lucia impecable. Todo en el interior denotaba tranquilidad, la pulcritud del ambiente traía remembranzas que hacían acudir extrañas imágenes idílicas. En la mesa de madera gastada no había más que un jarrón, muy antiguo, con arabescos azules.

La quietud de aquella escena era palpable, como si uno entrara en un sueño ajeno, en el pensamiento de alguien, en una imagen prefabricada. La calidez que invadía el lugar no provenía sólo de los leños en la chimenea cuyas brasas se extinguían, se podía palpar en el aire, como si fuera algo mágico. Únicamente una persona especial podía habitar aquel lugar, alguien abocado al arte. Dos simples y pequeñas pinturas decoraban las paredes y correspondían a hermosos paisajes de campos de lilas. Dejó el pan sobre la mesa y se descalzó. Limpió las cenizas de la chimenea y comenzó a repasar sus papiros y las historias que había escrito para contar en la taberna aquella noche. Todas ellas leyendas que los humanos siempre escuchaban con sumo interés.

"Los pasos resonaron fuerte en la inmensidad del bosque que rodeaba a Lace. Los humanos se movieron inquietos en sus sueños, los elfos abrieron sus ojos brillantes intentando ver más allá de la niebla que cubría todo.

Era raro que acudieran visitantes a aquel hermoso pueblo rodeado de viñedos, árboles frutales y praderas. Esa noche, el visitante que menos hubieran esperado se aproximó por el norte. Sus manos eran heladas garras, frías como el acero, sus ojos opacos sin un sólo dejo de luz en ellos o brillo que anunciara una vida tras esa expresión nula. Caminaba con la seguridad de las personas que desde hace mucho tiempo habitan en la tierra. A su paso los búhos ulularon y los susurros se convirtieron en voces cuando los elfos se reunieron frente a la taberna, atentos.

La monotonía se rompía como el hilo más delgado. Algunos humanos se reunieron ante la multitud de elfos que poblaban la calle, sin entender que era lo que esperaban. El visitante avanzó hacia ellos, traslucida su piel, rey bañado en plata. Los elfos se arrodillaron ante su presencia, los humanos ahogaron un grito y regresaron a sus casas para anunciar a sus familias lo imposible: El más anciano de los elfos los había honrado con su presencia.

Sin decir ni una palabra observó a sus hermanos sonriendo, en el caso que aquella mueca aterradora donde resaltaban unos colmillos prominentes, se pudiera llamar sonrisa.

Algunos dicen que antes de alejarse dejó una cabra muerta a sus pies; especulan que lo hizo juzgando las malas acciones de sus hermanos, quienes por vivir entre humanos se habían aficionado a la caza e ingesta de animales. Otros cuentan que se comió a la cabra viva, para dar muestra de la gran crueldad en la que había caído su raza.

Como fuese, su presencia solo sirvió para confirmar que ningún ser que viviera tantos años podía permanecer puro. Él era la muestra viviente.

Desde aquel día el más anciano del pueblo es proclamado líder y se rinde tributo al Dios—Cabra, el único animal que en Lace no matan y es considerado sagrado".

Para adquirir un ejemplar de MEDANIA, participar en el sorteo, leer más capítulos de la novela o descargar de manera gratuita el libro Relatos DESDE EL BOSQUE visita el sitio web WWW.MEDANIA.COM.AR